

El flaco que se parecía a Marco Ruben

Clarence Acuña

—Che, mirá ese flaco —dice Marina.

—¿Qué flaco? —Nicolás interrumpe el trago de fernet con Coca.

—Ese que está detrás de vos. Date vuelta, disimulado.

Nicolás gira el cuello y busca entre las mesas vecinas. En una de las que está más al fondo alcanza a ver un tipo medio rubión, con un vaso de cerveza y deslizando como con desgano el dedo por la pantalla del celular.

—¿Aquel que está boludeando con el celu?

—Sí—Marina se levanta del asiento para ver mejor—. ¿No es Marco Ruben?

—Perdoná, ¿quién es Marcos Ruben?

—“Marco” —corrige Marina—, “Marco”, sin ese. Nene, cómo no sabés quién es Marco Ruben, el nueve de Central. ¿En qué lata de Sabor 15 vivís?

Nicolás no sabe qué contestar.

—No soy de ver fútbol —confiesa.

—Debés ser extraterrestre —dice Marina—. A mí, me encanta. Pero ¿nunca viste a Marco Ruben ni siquiera por la tele?

—Se parece a Tintín.

Marina le pone cara de no entender.

—Tintín, una historieta belga —aclara Nicolás—. Es un pibe periodista que se parece al chabón ese. Hace un par de años, salió una película, medio mala. ¿No la viste?

—No.

—Ah —Nicolás quiere seguir hablando de Tintín, pero Marina no expresa el mínimo interés.

El mozo pasa por al lado y Nicolás aprovecha para pedirle otra Coca-Cola, para bajar el fernet, que está muy fuerte. Marina se pide un segundo mojito.

—Antes, iba a la cancha cada vez que jugaba Central de local —dice Marina—. Ahora, con el estudio y el laburo, se me complica. Pero la semana que viene jugamos contra Racing, y ahí voy a estar. La última vez que jugamos contra Racing, Marco hizo un gol. Yo no lo grité muy fuerte porque fui con mi viejo, y mi viejo es de Racing. ¿Vos sabías que, antes, las hinchadas de Racing y Central eran amigas?

—No, ni idea.

—Sí, sí —continúa Marina hablando con entusiasmo—, éramos reamigos, pero después se pudrió todo. Y lo mismo pasó con San Lorenzo, de eso me acuerdo bien, porque tenía un compañero de curso, tan fana como yo, que seguía la campaña de Central, que en ese torneo estuvo peleando con River el campeonato y la última, fecha, podés creer, la última fecha, los cuervos van al bombo.

Nicolás no sabe, pero supone que Marina con “cuervos” se refiere a la gente de San Lorenzo.

—¿Adónde fueron?

—Al bombo. “Ir al bombo”, che. ¿No sabés qué es “ir al bombo”?

Nicolás enrojece y niega con la cabeza.

—Ir al bombo es cuando te dejás ganar a propósito.

—Ah.

—Sí —Marina apura el mojito—, fueron al bombo. Bah, eso fue lo que se dijo durante mucho tiempo. Qué sé yo, se dicen tantas boludeces en el fútbol. Lo cierto es que tenían que ganarle a River para que River, después, tuviera que jugar un desempate con Central. Pero no, terminaron dos a dos, así que salieron campeón los gallinas con cuarenta y cuatro puntos y nosotros, segundos con cuarenta y tres.

—Claro, claro —dice Nicolás e intenta cambiar de tema—. ¿Escuchás, un tema de los Fabulosos Cadillacs?

Efectivamente, en el bar suena Vasos vacíos, interpretado por dicha banda. Marina sonríe y empieza a marcar el compás moviendo la cabeza de un lado para el otro.

—¡Solo te pido que ganes —se pone a cantar con la letra de la hinchada—, que pongas huevo y corazón! La hinchada quiere un campeonato, quiere ser campeón...

—A ver, dice que no le pide nada, pero le pide que ponga huevo y corazón. ¿En qué quedamos? —Nicolás intenta hacerse el gracioso, pero Marina no le sigue la broma.

—Sí, che, ese flaco es Marco Ruben —insiste.

—¿Vos decís? Ahora que lo pienso —miente Nicolás—, sí, ya sé a quién te referís. A ver, dejame ver. No, no. Ese tipo no es Marco Ruben.

Nicolás simula mirar con atención al flaco que acaba de levantarse para ir al baño. En realidad no tiene ni idea de quién se trata, pero se empeña en dejar el asunto terminado ahí. Si al menos hubiera gente en la pista, él se animaría a sacarla a bailar y llevarla lo más lejos posible de la mesa, cosa de que no vea más a ese competidor en potencia, sea o no Marco Ruben.

—Qué raro que esté acá —dice Marina—, si pasado mañana tiene el partido con Racing, y tendría que estar concentrando, con el resto del plantel.

—Por eso te digo que no es Marco Ruben —se apura a decir Nicolás, aprovechando que en Marina asoma un gesto de duda.

—Ah, no, no. Pará, cierto, el partido con Racing es el jueves. Porque Racing tiene que jugar la Libertadores y pidieron retrasar la fecha. Este año venimos bien, así que, si nos ponemos las pilas, capaz que clasificamos para el próximo torneo. Me encantaría ver jugar a la Acadé la Libertadores, y que llegemos a la final y la ganemos, así se la refregamos en la cara a los pechos.

Marina se ríe a carcajadas de su propia picardía. Nicolás no sabe qué decir y se limita a encogerse de hombros.

—Pero vos me estabas hablando de una peli —dice ella, tratando de volver al tema de conversación.

—Sí, de Tintín.

—No, no, de esa no. Antes, me habías mencionado otra.

—Ah, sí, te hablaba de *Milagros inesperados*, que está basada en una novela de Stephen King.

—Ese es el que escribe cosas de terror —Nicolás se alegra al saber que hay un punto de acuerdo en la conversación—. Leí *Cementerio de animales* cuando era chica. Me gustó.

—Sí, ese autor. Bueno, en *Milagros inesperados*, labura Tom Hanks y Michael Duncan.

—A Tom Hanks lo conozco, el otro, ni idea de quién es.

—Sí que lo debés conocer, es un negro famoso, pelado, grandote. Se murió hará cosa de un par de años.

—Ah, ya sé, el que se parece a Wanchope.

—¿A quién? —la respuesta de Marina lo descoloca.

—A Wanchope, un costarricense que estuvo en Central. Jugó con Marco Ruben, que si no es se flaco que está allá me hago monja.

“Putá madre”, piensa Nicolás, “cómo jode con Central y Marco Ruben”.

—La columna que tenemos en el medio no nos deja ver bien —dice Marina y amaga a levantarse.

—Pará, qué vas a hacer.

—Me le acerco y veo si es él o no —Marina, finalmente, se levanta.

—¿Y qué le vas a decir?

Marina se detiene y mira fijo a Nicolás.

—¿Cómo qué le voy a decir?

Nicolás toma aire tratando de dilatar todo lo posible la respuesta.

—Eso —dice por fin—, ¿qué le vas a decir?

Marina duda, piensa, frunce el ceño, se vuelve a sentar.

—Tenés razón. No quiero quedar como una boluda, de esas, onda Susana Giménez, que van y te salen con “¿Vos sos Fulano de tal? ¡Ay, qué divino! No lo puedo creer, soy tu admiradora”.

Nicolás asiente.

—Aunque —Marina se vuelve a parar—, puedo ir sacarme una foto y pedirle un autógrafo.

Al fin y al cabo, no sería la primera ni la única.

—También puede ser...

Marina revuelve en la cartera buscando papel y lápiz para el preciado autógrafo, pero se detiene en seco.

—Pará, pará —dice con el semblante serio.

Nicolás se queda expectante.

—Si es Marco Ruben, ¿por qué nadie se acercó para saludarlo?

—No sé... A lo mejor no es Marco Ruben.

—¡O peor! —Marina echa una mirada alrededor del local—. Capaz que acá son todos leprosos amargos. ¿Dónde estamos, en un antro pechuga? Yo me voy a la mierda.

—¡Uy, aflojá, che! —Nicolás, a pesar de su timidez, se pone firme—. Te acabo de decir que no sé un carajo de fútbol y solo conozco a Marcos Mundstock, el de Les Luthiers, y pará de contar. Mirá si voy a saber si acá viene gente de Ñuls o de Central o de Central Córdoba. Si de casualidad veo la selección.

Marina se sienta nuevamente y sonrío. Tiene una sonrisa tan fresca que Nicolás no se la quiere perder por nada del mundo.

—Tenés razón —se disculpa ella—, no tenés por qué saberlo.

Se quedan un momento en silencio. No es un silencio incómodo; de hecho, Nicolás lo toma como una tregua. Al rato, aparece el mozo con las consumiciones.

—Perdoná —le dice Marina—, vos debés saber. Ese que está sentado allá —le señala al flaco—, ¿no es Marco Ruben?

El mozo mira como con desgano hacia donde le señala la piba.

—La verdad que ni idea —contesta antes de retirarse.

Nicolás se manda un trago de Coca directamente del pico de la botella y se ahoga. Un poco de líquido se le sale por la nariz. Marina no se da cuenta, pues sigue embobada con el flaco que es o se parece bastante a Marco Ruben.

—Ma' sí —Marina se levanta por enésima vez—, yo voy y lo encaro.

Ya resignado, Nicolás está por mandarla a la mierda y decirle que vaya con ese tal Ruben y que se quede con él y hasta que se case. Pero justo ven que el flaco se levanta y camina hacia donde están ellos, hablando por celular.

—¡Ey, huevón! —se dirige a su interlocutor con una evidente tonada chilena—. ¿Dónde te has metido, huevón? Llevo toda la noche esperándote, huevón...

El flaco dice algo más, pero no llegan a escucharlo. Marina y Nicolás se miran.

—¿Marco Ruben es chileno?

—No, no —contesta Marina tajante—. El chileno es Parot.

En eso, empieza a sonar un tema de Fito Páez, Mariposa tecnicolor, la canción preferida de Nicolás. Lo considera una señal, y se anima.

—¿Querés bailar?

—Dale —dice Marina.

Nicolás mira hacia la salida y ve al flaco que acaba de dar media vuelta y le guiña el ojo. Nicolás asiente con la cabeza y toma a Marina de la mano.

El flaco sale del boliche y empieza a caminar. En la esquina, para un taxi y se sube. El tachero lo mira por el espejo retrovisor y le pregunta cómo anda para el partido con Racing. El flaco sonríe, pero no dice nada.